

Algunos retazos de mis recuerdos (1914-2001)

J. Luis Sáez Bustamante*

Hay acontecimientos que te suceden en la infancia, que condicionan tu futuro sin darte cuenta¹.

A la edad de 6 ó 7 años comencé a ir al colegio, después de un período de parvulario. Hice toda mi formación primaria en las escuelas de los *Hermanos La Salle*, que tenían, entre otros, un centro en la calle Fernando el Católico y en Blasco de Garay. La entrada al centro se realizaba a las 8 u 8:30 de la mañana (de ahí mi costumbre de madrugar) y lo primero que hacíamos antes de entrar en clase era ir a oír misa en el mismo colegio.

Fue por 1918 o quizá 1919 cuando nos llevaron a todos los alumnos al Colegio de los Jesuitas que hay en la calle Alberto Aguilera con Mártires de Alcalá² para que viéramos un documental sobre el hambre en Rusia, ocasionada por el triunfo de la revolución bolchevique de 1917. En la proyección pudimos ver a niños y adultos con cuerpos famélicos y esqueléticos por la falta de alimentos. Nos explicaron que aquello era consecuencia de la instauración del régimen comunista que gobernaba en Rusia y que con el “...*padrecito Zar, el pueblo no pasaba esas calamidades...*”.

* Madrid, febrero de 2001.

¹ Éste es un texto resumido. Existe otro más amplio y prolijo de los diferentes períodos históricos, que puede consultarse en el Centro de Documentación de la Emigración Española (CDEE), de la Fundación 1º de Mayo. Razones de espacio y la temática de la revista, especializada en exilio y emigración, han obligado a presentarlo aquí de manera breve.

² Hoy en día es la Universidad Pontificia de Comillas.

Mi madre era una mujer de salud delicada, había tenido nueve hijos y por este motivo tenía la ayuda de una señora que venía a lavar una o dos veces por semana; en aquella época no existían lavadoras automáticas. Aún así, realizaba todas las labores de ama de casa. Además hacía trabajos de costura para afuera, con el fin de ingresar unas pesetas extras en casa.

Los profesores que nos daban clases, eran frailes y creo que no tenían titulación, puesto que utilizaban libros de la editorial *J. Bruño*, los cuales tenían todas las preguntas y respuestas de las materias que estudiábamos, y nunca se salían de ese guión.

Como otros tantos niños de aquella época, yo también fui monaguillo de pequeño. Los domingos por la mañana debíamos ir al colegio a oír misa, cosa que a mí me fastidiaba porque también en domingo debía madrugar. Por otra parte, en el mismo edificio vivía el sacerdote capellán de *Las Calatravas Reales*, un convento de clausura que se encontraba en el Paseo del Pintor Rosales, muy cerca de mi casa. Mi madre habló con éste sacerdote que nos conocía, proponiéndole el ser monaguillo los domingos y días de fiesta; de esa manera me evitaba madrugar tanto. El capellán aceptó, y me hizo una carta para que se la presentara al fraile del colegio, indicándole que no iría a la misa de los domingos, puesto que haría de monaguillo en la iglesia de *Las Calatravas*. Por supuesto el fraile del colegio aceptó, y mi madre y yo nos alegramos mucho.

Realicé estas labores de monaguillo junto a otro chico y las monjas nos querían mucho a los dos. Aunque eran monjas de clausura, teníamos relación con ellas a través de un torno que había en la sacristía o cuando entrábamos a recoger los ornamentos para la iglesia, que no cabían en éste. Como todos los monaguillos han hecho alguna vez, al otro chico y a mí nos gustaba, cuando no nos veían, dar un sorbo al vino de consagrar, que estaba muy bueno (algo dulzón), y las monjas del convento nos daban los recortes de las obleas de las hostias de consagrar.

Por aquella época le propusieron a mi madre que ingresara en el seminario, para iniciar mi formación como sacerdote. Afortunadamente mi madre se negó.

En el colegio pasé todos los años de curso, no teniendo que repetir ninguno. Había por costumbre que al final de cada curso, antes de las vacaciones de verano, se celebraran unos *Juegos Deportivos*, realizando tablas atléticas y desfiles uniformados, con un uniforme que era todo blanco. La participación era voluntaria, menos para los alumnos mayores del último curso, que era obligatoria.

Al terminar el curso el fraile me preguntó que, además de desfilar, en qué especialidad atlética quería participar. Yo le expliqué que no podía participar, ya que mi

familia no podía asumir el gasto del uniforme. El fraile insistió en preguntarme que en qué especialidad quería intervenir, y que el gasto del uniforme no era excusa para no participar. Intenté otra vez explicarle que, aunque me gustaría participar, es más, que quería participar, no podía debido al gasto del uniforme. El fraile no atendió a mis argumentos y me dijo que si no participaba en los actos, no podía continuar en el colegio. No comprendía la intransigencia de su contestación, así como la falta de todo principio religioso y humano. Mis creencias religiosas se fueron por tierra, y me produjeron tales contradicciones, que a partir de ese momento deje de creer en la religión católica³. Como consecuencia, desde aquel momento hasta nuestros días, dejo de entrar en las iglesias como católico. Además, yo, desde muy pequeño, me he revelado contra las imposiciones sin más, por eso, después de las “*explicaciones*” del fraile, no volví a ese colegio nunca más.

En abril de 1931 yo ya contaba con 19 años de edad y junto a otros amigos de mi barrio, empezamos a sentir ciertas inquietudes. La amenaza de vernos mezclados en una guerra en África, el no compartir e incluso censurar ciertas cosas que veías a tu alrededor, o el estar gobernados por personas, por el simple hecho de haber nacido en una cierta familia (aunque ésta fuese *Real*), nos llevaron a acercarnos cada día más a ciertas organizaciones que promovían algo llamado *República*, asistiendo a conferencias que se celebraban en el Ateneo de Madrid.

En el Ateneo de Madrid había algunos grupos de amigos de la República que organizaban conferencias y charlas, donde se nos explicaba qué era un régimen republicano, un régimen democrático, cómo el pueblo, por medio de elecciones, elegía a sus representantes, y éstos dictaban leyes y como los gobiernos eran democráticos, no dictatoriales como entonces. El Rey, figura más o menos decorativa (eso lo digo ahora), era quien designaba a los ministros de gobierno.

Yo vivía en el barrio de Argüelles, muy próximo al Cuartel de la Montaña, donde estaban los regimientos *Saboya*, *Covadonga*, *Ingenieros* y *Escolta Real*. Veía las escenas de protesta de los familiares impidiendo, mejor dicho, intentándolo, ya que nunca lo consiguieron, la salida con destino a Marruecos. Las protestas eran cada día más violentas, fruto del miedo y el descontento que producía entre el pueblo el enviar a sus hijos, novios y hermanos a una guerra de la que seguramente no volverían.

³ Esta decisión no se produce por generación espontánea, con mi corta edad observaba el comportamiento de los frailes en clase con los privilegios que establecían entre los alumnos más “*sumisos*”, que fue creando en mí una falta de confianza en la religión entre la que los frailes predicaban y su aplicación en la vida diaria.

Se producían algaradas por el centro de Madrid casi a diario, algunas veces de forma espontánea y otras de forma más o menos organizada. En cualquier momento surgían gritos de “Viva la República”, y como eso era algo subversivo, se producían carreras de los “guindillas”, sable en mano detrás de los alborotadores. Estos “guindillas” eran por lo general mayores, corrían poco y rara vez nos alcanzaban. Cuando se presentaban a caballo, la cosa se tornaba más seria, puesto que desde la posición más elevada, que les proporcionaba la montura, cargaban sable en mano (aunque éstos no tenían filo), o te echaban los caballos encima.

Con motivo de los resultados electorales de abril de 1931, presencié un hecho que tengo grabado en mi memoria. Como yo vivía en el barrio de Argüelles, cerca del Palacio Real, al día siguiente de las elecciones, a primeras horas de la noche, ante la salida de la Familia Real, me acerqué hasta el Palacio. El edificio estaba protegido por las milicias republicanas y éstos no dejaban circular por esa acera. Los curiosos nos situamos en la Plaza de Oriente, justo enfrente de las milicias, y seguíamos los acontecimientos. De pronto se oyeron unos gritos y, desde la Plaza de la Marina Española, apareció un camión Ford con 14 o 16 personas y una gran bandera roja dando gritos de “*Vivan los Soviet's*”, nos quedamos un poco sorprendidos, no sabíamos que era eso. Se bajaron del camión y agitando la bandera intentaron subir por la fachada del Palacio Real para colocarla en el balcón central. Los milicianos que hacían guardia en el Palacio trataban de impedirselo, y tuvieron que forcejear con ellos para lograr que no escalasen por la fachada para poner la bandera con la hoz y el martillo en el balcón central.

Nadie de los que nos encontrábamos allí sabíamos qué quería decir eso de “*los soviet's*”, aunque yo lo asocié a la bandera roja con la hoz y el martillo, emblema del P.C.E., que portaban aquellas personas del camión.

Mi hermano mayor, de tendencias socialistas, llevaba a casa periódicos y revistas que hablaban de la “Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas”, y eso me aclaró algo aquellas incógnitas. Más tarde, reconocí a algunas de las personas que iban en aquel camión. Se trataba de Bullejos, Adame, Trilla y otros camaradas que formaban la dirección del P.C.E. en aquellas fechas.

Ingreso en el P.C.E. un poco antes del movimiento de octubre de 1934. La primera reunión de “célula” la celebramos cuatro o cinco camaradas sentados alrededor de un árbol en el Paseo del Pintor Rosales. Durante aquellos años, el Partido se encontraba la mayor parte del tiempo en la ilegalidad y no disponía de locales, por lo que las actividades se realizaban en casa particulares, en tabernas o en locales prestados.

Por entonces (o quizá un año antes), se constituyó en Madrid “*La Liga Atea*”. Yo era el secretario, no recordando el nombre del presidente. Lo que sí recuerdo de él es que era ferroviario. Se publicaron algunos números de un periódico llamado *Sin Dios*, que junto a otros camaradas vendíamos por la calle al grito de “ha salido *Sin Dios*, órgano de la liga atea”. El periódico se editaba con suscripciones y aportaciones que lográbamos. Pienso que estas actitudes solamente se tienen cuando se es joven y ante la convicción de estar difundiendo y divulgando ideas justas.

En estas fechas ya formaba parte del comité del P.C.E. en la agrupación de Tetuán de las Victorias. El motivo de pertenecer a esta agrupación viviendo en Argüelles era que trabajaba en el Hospital del Rey en calidad de calefactor.

En una de las múltiples redadas que la policía realizaba, caí detenido en la Escuela de Artes y Oficios de la Calle San Mateo (barrio de Tribunal), con varios ejemplares de la prensa clandestina *Mundo Obrero*, y tuve que pasar un mes y medio en la Cárcel Modelo. La causa se sobreesó al no haber delitos mayores. El abogado que me defendió se llamaba *Rufilanchas* y era camarada. Con nosotros cayó un camarada que era el secretario general de una Organización Sindical Independiente de Empleados de Comercio. Sus entradas en la cárcel eran tan frecuentes que mantenía excelentes relaciones con el director Elorza.

El director del hospital donde trabajaba era de izquierdas, así que la nómina me la llevaba a la cárcel el abogado, yo la firmaba y continuaba cobrando el sueldo.

Durante el transcurso del tiempo que va desde el triunfo del Frente Popular al golpe de estado del 18 de julio de 1936, en el Campo del *Atleti* del Paseo de Reina Victoria, próximo a Cuatro Caminos, las milicias antifascistas, integradas por comunistas y socialistas con camisetas rojas y azules, desfilábamos (desarmados), después de las intervenciones y del acto político. Una de las principales funciones de las milicias antifascistas era la de escolta y protección, debido a la tensión que se respiraba durante los meses anteriores al golpe de estado de julio del 36, y a los atentados que grupos de extrema derecha ejercían contra camaradas y sedes del Partido. Los atentados fueron subiendo de intensidad, según se acercaban las fechas del golpe, tanto, que nos vimos obligados a realizar estas funciones armados.

Para hacernos una idea de lo que pensábamos que iba a ser el alzamiento fascista y su duración, los camaradas me pidieron, puesto que yo trabajaba en un hospital, que les facilitara algunos materiales sanitarios como vendas, gasas, alcohol, algodón, etc. Mi novia, una enfermera que trabajaba en el mismo hospital que yo, sorteando la

vigilancia de las monjas, logró preparar una cantidad de estos artículos para entregárselos a los camaradas del Radio, que así era como se llamaban entonces. Nunca pensamos que el golpe adquiriera la magnitud que alcanzó, y que nos llevó a la guerra civil.

Después de octubre de 1934, la campaña en favor de la amnistía de los presos políticos que fueron represaliados en los acontecimientos de octubre, sobre todo en Asturias, fue prioridad política hasta la victoria del Frente Popular. En este sentido, en la agrupación de Tetuán decidimos colocar una pancarta con esta consigna en la salida del metro de la Plaza de la Remonta, una zona de mucho tránsito. Tuvimos que sortear algunos problemas, pero logramos crear el efecto que perseguíamos: abrir un debate en el barrio sobre la represión de los presos políticos, recibiendo muchas muestras de solidaridad.

A los pocos días del triunfo del Frente Popular, en Madrid circulaba la noticia de que en los barrios populares se repartían a los niños caramelos intoxicados, ocasionándoles enfermedades e incluso, decían, la muerte. Cuando estos rumores llegaron a Tetuán, los camaradas del comité del Partido, nos dedicamos a localizar con detalles las víctimas y los lugares concretos, y después de visitar varios lugares en el barrio y hablar con las personas que decían tener información y detalles, llegamos a la conclusión de que se trataba de un bulo. Nadie nos facilitó ningún dato fiable ni ningún afectado concreto, todas las informaciones se basaban en informaciones oídas o contadas por terceras personas. Creemos que se trataba de una campaña más o menos organizada por la derecha para desacreditar por todos los medios a las organizaciones de izquierda.

Una vez que triunfó el golpe, marché con las milicias voluntarias al frente de Somosierra, aunque mi estancia en el frente fue corta. El Partido y los compañeros del sindicato de hospitales me reclamaron para realizar trabajos sindicales.

Durante los primeros momentos de la guerra en Madrid, el Hospital Militar de Carabanchel lo regían monjas que hacían de enfermeras. Una de las primeras medidas que el sindicato de hospitales tomó fue la de sustituirlas por enfermeras profesionales, dejando sólo a las que poseyeran titulación y quisieran continuar con sus funciones. Una de estas enfermeras sustitutas, que yo aún no conocía, Emilia Lara, más tarde sería mi compañera.

Áquella fue una época llena de acontecimientos y sensaciones dolorosas. El 19 de agosto de 1936 me encontraba en mi casa y después de comer me disponía a oír la radio, cuando en un boletín informativo anunciaron el asesinato de Federico García

Lorca, en el Barranco de Viznar. Después de sesenta y cinco años transcurridos desde su asesinato, es difícil expresar la conmoción que supuso entre toda la gente de la calle en general y en mí en particular, y lo que significó la pérdida tan inútil de este poeta.

El avance fascista sobre Madrid se realizaba a toda velocidad, y nos vimos obligados a prepararnos para lo que sería *La Batalla de Madrid*, cavando trincheras en la Casa de Campo y entrenando a los milicianos para defender la ciudad. Esto motivó el traslado del Hospital Militar de Carabanchel al Hotel Palace. A los pocos meses del traslado fui designado para el cargo de Comisario Político.

Mi experiencia con las *Brigadas Internacionales* resultó de lo más gratificante. Por mi trabajo político mi función era la de alentar y explicar políticamente a los combatientes, solo o con los comisarios y sirviéndonos de traductores cuando era necesario, lo que me llevó a contrastar impresiones de compañeros y camaradas de varios países del mundo. Había una opinión unánime en todos ellos. Había que derrotar al fascismo: primero aquí en España y luego en el resto del mundo. Las brigadas internacionales y los asesores soviéticos (*tovarich*) me dieron una verdadera lección de solidaridad internacional, dejando en sus países de origen vida y familia, para venir a España a luchar, y muchas veces morir, para derrocar al fascismo.

El 7 de noviembre aparecieron por primera vez los aviones soviéticos⁴ que venían a defender Madrid. Yo, que llevaba 8 o 10 días en el frente, los pude ver en Carabanchel volando por encima de nuestras cabezas.

Me casé por lo civil en el juzgado, con Emilia Lara, el 2 de agosto de 1937. La boda fue un acto íntimo, a la que asistieron pocos familiares. La comida la hizo mi cuñada, y consistió en una paella para seis u ocho personas. Lo que nunca supimos fue donde consiguió los ingredientes, que en aquellas fechas eran prácticamente inexistentes en un Madrid sitiado y en guerra.

En el último trimestre de 1937, siendo ya miembro de la Federación Nacional de Empleados de Hospitales, recibí instrucciones de trasladarme a Barcelona para reforzar el trabajo sindical en Cataluña. De acuerdo con el comité central del Partido, realicé varias tareas en la Comisión de Sanidad del Partido, compartida con mis actividades sindicales.

⁴ Aviones I-15 y I-16 llamados “*Los Chatos*” y “*Las Moscas*” por los castizos de Madrid.

Una vez que los franquistas ocuparan la ciudad costera de Vinaroz, y dividieran la zona republicana en dos, mi conciencia y responsabilidad como comunista, me llevó a ingresar voluntariamente en el ejército. Esta decisión no sentó nada bien en el Partido ni en el sindicato, que deseaban que continuase con mis labores. No obstante, me comprometía a continuar mi tarea política, pero en el ejército.

Después de unos días de fogueo en el frente, fui designado como organizador del Partido en la 35ª División, comandada por el General Walter, de las *Brigadas Internacionales*, a los pocos días fue sustituido por el comandante Pedro Mateo Merino. En el transcurso de la operación militar del paso del Ebro, me destinaron, con las mismas funciones, al Vº Cuerpo del Ejército, comandado por Enrique Lister y el comisario Político Santiago Álvarez, con los que terminé la guerra.

Uno de mis cometidos en el frente era visitar las unidades y hablar con nuestros mandos y combatientes. En una ocasión en que había estado visitando algunas unidades en el frente, se produjo un fuerte tiroteo de fusilería, y veo como varios soldados vienen hacia mí gritando y corriendo de manera desordenada. Se habían roto las líneas del frente y huían despavoridos. Yo no les creí del todo e intenté, pistola en mano, arengarles para que volviesen a sus posiciones pero me resultó imposible. Cuando estaba gritándoles, oí como me llamaban por mi nombre desde la carretera. Se trataba del comandante Ramírez, jefe de la XI Brigada, que con otros oficiales de su Estado Mayor, me pedía que me uniera a ellos, me confirma que se ha roto todo el frente y que corríamos el peligro de caer en manos del enemigo, así que me replegué con ellos. Sólo varios días después pude ser consciente del peligro que corrí en aquella ocasión.

En los últimos días de la guerra, después de participar en la batalla del Ebro, me encontraba concentrado con el resto de la unidad en las proximidades de Figueras, de acuerdo con el mando, me fui a Porbou, paso fronterizo con Francia, para intentar encontrarme con mi compañera, que ejercía de enfermera en un tren hospital que disponía de quirófano, y que tenía que pasar por la localidad evacuando heridos. La ida hacia la frontera fue lenta y dificultosa, ante la magnitud de población que huía al país vecino. Tan lenta fue la marcha, que cuando llegué a la estación donde estaba el tren hospital, éste ya había marchado. El regreso al frente de batalla fue aún peor. A la magnitud antes descrita, había que añadir ahora que tanto el conductor como yo, íbamos en dirección contraria, ni los uniformes o el coche oficial servían para hacer entrar en razón a aquella marea humana con carros tirados por animales, carros de mano, carretillas y personas a pie, cargando con las pocas pertenencias que tenían.

En más de una ocasión me vi en la obligación de amenazar con el “naranjero”⁵, al torrente humano que huía en desorden y con auténtico pánico de las tropas franquistas. Fue un espectáculo muy deprimente.

El día antes de pasar la frontera se realizó la distribución de fuerzas para el plan del día siguiente, en el que se cambiaría el puesto de mando de la unidad. Lister, en los traslados, tenía el criterio de dividir el puesto de mando en dos: avanzado y retrasado. Más de una vez me ha tocado estar junto a otros compañeros con el jefe del Estado Mayor, y al romperse las líneas telefónicas, nos hemos encontrado en la situación de no saber si estábamos en terreno nuestro o enemigo. Afortunadamente, nunca tuvimos sorpresas desagradables.

Lister marcharía con las fuerzas que disponía y la mayoría del Estado Mayor, mientras tanto, una pequeña parte nos quedaríamos en retaguardia para reunirnos con él en un punto ya fijado y a una hora determinada. Al día siguiente, en la hora y lugar fijado, no apareció nadie. El jefe de Cuerpo Tren de la Unidad y yo, nos desplazamos en su coche para ver si podíamos recabar información. Llevábamos algún tiempo intentando saber dónde se encontraba el resto del Estado Mayor, cuando aparecieron unos camiones que en su parte delantera llevaban unos aparatos muy extraños, desconocidos para nosotros. No sabíamos si eran tropas leales o franquistas, así que aparcamos aun lado de la carretera y monté mi “naranjero” mientras mi compañero hacía lo mismo con su pistola, disponiéndonos a defendernos en caso de que fuesen tropas franquistas y decidieran atacarnos o detenernos.

Pero las tropas que venían por la carretera eran nuestras, del Cuerpo de Aviación que iban de retirada, y los aparatos extraños que llevaban en la parte delantera de los camiones, era un dispositivo para poner en marcha los aviones de hélice, en lugar de hacerlo a mano o con manivela, como era habitual, según lo que nosotros conocíamos. El susto se pasó, y poco después hablamos con un campesino y éste nos informa que ha escuchado en la radio que Lister ya se encontraba en Francia. Más tarde, nos encontramos con el capitán Soley, ayudante de Modesto, quien nos confirmó la información que nos había facilitado el campesino. Nos reunimos con el resto de nuestro Estado Mayor, presentándonos a Modesto, jefe del Ejército del Ebro, y a partir de ese momento, nos quedamos agregados a esa unidad.

⁵ Fusil automático yugoslavo, muy popular durante la guerra civil.

Ese día ya estaba en marcha el plan de retirada. A cuatro o cinco oficiales y a mí se nos dio como cometido garantizar la rápida retirada de nuestras fuerzas. Para asegurar esta retirada, un grupo de dinamiteros expertos en voladuras, irían volando los puentes, después de que pasaran nuestras tropas. Otro grupo, en el que me encontraba yo, iríamos con una tanqueta despejando la carretera hasta la frontera. La carretera de Porbou era muy estrecha y estaba flanqueada por una montaña por un lado y un barranco por el otro. Nuestra misión era tirar al barranco todo aquello que pudiese estorbar el paso de las tropas, y la rápida retirada de los dinamiteros.

En el transcurso del día siguiente, se organizó el paso de la frontera del Ejército del Ebro, junto con las autoridades civiles y mandos militares, pero aún me quedaba una última misión que cumplir: debía pasar la frontera con un camión ligero con tres cajones en su interior y cuyo contenido ignoraba, y entregárselos en un punto concreto a un enlace.

Una vez cumplida ésta última misión, mis órdenes eran las de incorporarme al campo de concentración, previa entrega de las armas inmediatamente al pasar la frontera. La dirección del Partido hizo una petición entre los camaradas para ir a reforzar el trabajo del ejército en la zona centro. De esta consulta salimos quince o veinte camaradas que nos dispusimos a emprender viaje de regreso a Madrid, para colaborar en lo que fuese posible, puesto que los camaradas de Madrid necesitarían toda la ayuda posible. El golpe de estado del general Casado nos impidió realizar el regreso.

Comencé mi exilio en Francia en el campo de concentración de *Argelès sur Mer*, viviendo en una playa durante varios días. Las autoridades francesas no habían previsto dónde alojar a nuestro ejército en retirada, y se vieron desbordados por la avalancha de gente que cruzó durante esos días la frontera, por lo que hasta que lograron una mínima infraestructura dentro de los campos, pasaron varios días hasta que construyeron los barracones para alojarnos. Ante ésta situación, un grupo de ocho o diez camaradas encontramos abandonado lo que era la caja de un camión de carga. Conseguimos darle la vuelta y ponerla boca abajo, logramos un lugar para poder resguardarnos del frío. Cuando llovía el agua se colaba entre las tablas de nuestro nuevo refugio, se nos ocurrió tapan el “techo” con arena, el único material que abundaba en el campo, y aunque logramos solucionar el “problemilla”, no nos libramos de alguna que otra gotera.

Otro de los problemas que afrontamos durante los primeros días en el campo de concentración fue el de la alimentación. Los gendarmes nos tiraban, literalmente, pan y raciones en frío por encima de las alambradas, como el que da de comer a los

animales. Hubo que hablar con las autoridades militares del campo para que se hiciera la distribución de manera organizada y acabar con aquel espectáculo deprimente. A partir de ese momento realizamos nosotros la repartición por grupos.

También surgió de forma espontánea un mercado de compra y venta entre unos que necesitaban dinero y otros que querían aprovecharse de nuestras necesidades. En los primeros días, los vigilantes eran senegaleses, estos “listillos” querían aprovecharse y comprar barato todo lo que podían. Había quienes les vendía relojes sin mecanismo, pares de botas del mismo pie, y anillos o cadenas que decían que eran de oro, pero en realidad sólo tenían un pequeño baño. Cuando se daban cuenta de la compra que habían hecho buscaban al vendedor, al que nunca encontraban.

Otro problema que existía en el campo era el del aseo, o mejor dicho, la falta de éste. No teníamos ningún sitio para poder lavar la ropa, ni lavarnos nosotros (era invierno), e incluso recuerdo haber tenido piojos por primera vez en mi vida.

Circulaban por los campos unas listas de amigos y familiares que se encontraban en otros campos y refugios, y gracias a éstas listas localicé a mi compañera, pudiendo establecer una correspondencia hasta el momento de reunirnos otra vez.

Posteriormente se organizó el Partido en el campo de concentración. Teníamos que enlazar con el exterior y nos escapábamos como podíamos, evitando la vigilancia de los senegaleses. Después estos vigilantes fueron sustituidos por gendarmes, por lo que se dificultaron nuestras fugas.

En mayo de 1939 se me indicó que debía escaparme y marchar a París. Además se me preguntó si estaba dispuesto a incorporarme a la lucha en el interior de España y, aunque muy arriesgado, me pareció lógico. Con este motivo mantuve varias entrevistas con Antón y otros camaradas de la dirección.

Durante mi estancia en París, viví en el domicilio de un matrimonio francés, en régimen de total aislamiento. Sólo mantenía relación con éste matrimonio y con una camarada de enlace.

Aunque el trato de este matrimonio era bueno, la comunicación era muy complicada, puesto que yo no sabía francés. Pedí a mis camaradas un diccionario pequeño, que aún conservo, para poder interpretar la prensa y palabras.

Cada día se me hacía más duro el estado de aislamiento en que vivía, y en la correspondencia con mi compañera ya hablábamos de reunirnos. Tomamos la decisión de hacerlo en casa del matrimonio, aún a sabiendas de que el Partido estaría en contra. Todavía recuerdo la cara de ésta pareja cuando llamaron a la puerta y se

encontraron a mi compañera con su maleta. El Partido nos llamó al orden, aunque creo que en el fondo comprendían nuestra situación.

Todavía vivimos unos días más con éste matrimonio, hasta que la dirección de Partido nos encontró otro sitio donde trasladarnos a vivir. Se trataba de un chalecito a las afueras de París, propiedad de otro matrimonio francés, en cuya fachada, encima de la puerta, había un mosaico con la hoz y el martillo, y los domingos, en la verja que rodeaba el chalet, colgaban y se vendía toda la prensa y revistas del P.C.F. El marido era un excombatiente mutilado de la Primera Guerra Mundial, parecía muy firme en sus ideales, nada extraño ante la legalidad del Estado Francés⁶.

Nuestra vida allí era muy similar a la vida que llevaba en París, casi monacal, sin embargo, este matrimonio nos presentaban como un orgullo a todas las visitas, incluso querían hacerse fotos con nosotros, cosa que esquivábamos por indicación del Partido.

Existía un campo próximo a la casa, que hacía años había sido un campo de aviación, y cuando el 1 de septiembre de 1939 se declaró la guerra entre Francia y Alemania, los franceses empezaron a concentrar tropas allí.

A este matrimonio le entró pánico de tener dos comunistas españoles refugiados y escondidos en su casa, y sin *les papier*, así que el tres o cuatro de septiembre por la noche, nos comunican que no podemos seguir viviendo allí y nos ponen de patitas en la calle. En previsión de cualquier emergencia, los camaradas nos habían dado la dirección de una casa en París y unos pocos francos, esto nos permitió poder contactar con la dirección de Partido en París y plantearles nuestro problema. La dirección, abrumada por la dificultades semejantes de otros camaradas, me facilitan una identidad falsa con la que vivo en Francia, República Dominicana y Cuba hasta llegar a México, donde recobro mi identidad real.

Con mi nueva identidad regresamos a la casa del matrimonio que el día antes nos habían echado de casa. Su sorpresa fue muy grande al vernos, les enseñamos *les papier* y ni siquiera nos preguntaron cómo los habíamos conseguido. Les comentamos que estaríamos sólo unos pocos días, hasta que nos llegaran los pasajes para embarcar con destino a Hispanoamérica.

Los días siguientes a nuestra llegada, el flujo de soldados que se concentraban en aquel viejo campo de aviación iba en aumento, lo que incrementaba el nerviosis-

⁶ Hago estas observaciones, por los acontecimientos que narraré después.

mo y la intranquilidad de aquellos camaradas. Al tercer día no pudieron más, y por más que intentamos convencerles, fue imposible, su decisión fue definitiva: no podíamos permanecer allí por más tiempo. Los camaradas nos habían dado unos francos y un número de teléfono que tendríamos que utilizar en caso de emergencia, no había otra solución.

Yo tenía unos conocidos, muy amigos de mi hermana, que eran refugiados vascos y vivían en Toulouse. Nos fuimos allí, comíamos con ellos y dormíamos en una pensión, pero los días pasaban y el poco dinero que teníamos se acababa, así que vimos la posibilidad de ir a vendimiar. De ésta manera, los días que estuviéramos en el campo tendríamos alojamiento y comida garantizados, además de poder ganar unos francos.

Durante los días de vendimia, la dirección nos consiguió pasaportes y unos pasajes en el buque *Mexique* con destino a México. Estos amigos no pudieron localizarnos, por lo que no pudimos embarcar.

El 1 de diciembre de 1939 por fin pudimos hacerlo en el barco *La Salle*⁷ junto a un grupo de unos 100 refugiados organizados por el gobierno republicano en el exilio. Nuestro destino era la República Dominicana. La travesía de un continente a otro fue muy larga, nos concentraron en el puerto de Bordeaux, y desde allí salimos. El júbilo era muy grande entre todos. Por fin podíamos dejar atrás el recuerdo de la guerra y todas las vicisitudes que habíamos pasado en Francia; pero aquella primera alegría al pisar el barco, se transformó en pesadilla cuando se puso en marcha y salimos del puerto. El mar estaba con una fuerte marejada, el barco comenzó a zanzarse y también comenzaron los mareos, la mayoría pasó el viaje en las literas. Sólo quedamos en cubierta 20 ó 30 personas. Algunas personas, entre ellas mi compañera, junto a miembros de la tripulación tuvieron que atenderles, sobre todos a los niños.

Partimos en un convoy, escoltado por barcos de guerra franceses: el oleaje era tan fuerte que las olas barrían la cubierta de los barcos que nos escoltaban, y era casi imposible permanecer allí. Esta situación perduró hasta llegar a Argelia. Una vez allí, los barcos de guerra franceses nos dejaron en solitario. Navegábamos siempre con el temor de ser descubiertos y hundidos por submarinos nazis, hasta tal punto, que por

⁷ Este buque, como tantos otros, fue utilizado por las autoridades francesas para llevar refugiados a distintos países de América, y de regreso traían tropas de sus colonias. Eran barcos de gran tonelaje, unos de pasajeros y otros de carga. Con el fin de aprovechar al máximo el espacio, en las bodegas instalaron literas.

la noche el barco surcaba el Océano con todas las luces apagadas e incluso se prohibió fumar en la cubierta durante las horas nocturnas.

El primer puerto en el que atracamos en América fue Puerto Rico. Hicimos un alto de varias horas y hacía mucho calor, por la fecha nos parecía extraño, a este calor le acompañaban fuertes chaparrones, muy normales en el trópico. Uno de ellos, de mucha intensidad, sorprendió a varias personas, e incluso a parejas, durmiendo debajo de sábanas u otras prendas. Al prolongarse la lluvia tuvieron que salir corriendo precipitadamente a guarecerse bajo techo. Cuando escampó, la cubierta del barco estaba completamente en desorden, con montón de prendas abandonadas. El espectáculo era casi cómico, y más de uno se lo tomó con sentido del humor.

Por fin llegamos a la República Dominicana, una vez allí fuimos distribuidos por distintos lugares de la isla. Al grupo donde mi compañera y yo nos encontrábamos nos enviaron a *San Pedro de Macoris*, 24 ó 25 de diciembre, un pueblo costero muy pequeño, en el que diariamente amerizaba un hidroavión con pasajeros, que normalmente eran turistas norteamericanos.

A nuestro grupo nos alojaron en un hotel, cuyo dueño era italiano. Presidiendo el comedor había un enorme retrato de Mussolini, y fue tal la bronca que montamos que entre bromas y protestas, tuvieron que retirar el retrato.

La gente del pueblo nos recibió con cierta reserva y hostilidad, debido a la propaganda que habían hecho los franquistas. Básicamente, a los hombres nos ponían como rateros y chulos, y a las mujeres de prostitutas, (aunque éste término está muy suavizado). Por otra parte, el clero jugó su papel al presentarnos como “... *demonios con cuernos y rabo...*”, y aunque resulte increíble, entreabrían las puertas de sus casas de una sola planta para, a escondidas, vernos pasar.

Al principio, debido al ambiente que reinaba con nuestra presencia, evitábamos caminar en solitario por el pueblo, casi siempre íbamos en grupo. Cierta día, un pequeño grupo que regresábamos a nuestros domicilios, oímos como un niño, que estaba detrás de una puerta gritaba a su madre, al vernos pasar: “...*máma, máma, no les veo ni los cuernos ni el rabo...*”.

Durante algún tiempo limitado, recibimos un pequeño subsidio del gobierno republicano, lo que nos permitió cubrir nuestras necesidades de forma muy precaria.

Esta extraña situación, se fue normalizando a medida que íbamos tomando contacto con nuestros vecinos y charlábamos con ellos. Les contábamos quienes éramos

y lo que dejábamos atrás, que era el estado franquista, etc., y que lo único que queríamos era rehacer nuestras vidas, trabajar, vivir...

Al final muchos nos ayudaron en la medida de sus posibilidades, entablamos relaciones más o menos cordiales con ellos e incluso hicimos algunas amistades.

Los dueños de la ferretería que había en el pueblo eran españoles e iniciamos relación con ellos. Algunas compañeras, la mía entre ellas, comenzaron a lavarles la ropa. Cuando las relaciones se hicieron más fluidas, intentamos, basándonos en nuestras profesiones, encontrar trabajo.

Los ferreteros españoles nos comentaron que existía una gran carencia de mangas para el café⁸. Puesto que eran de origen alemán, y las vías comerciales y de comunicación se habían cortado debido a la guerra, nos propusieron que si las podríamos hacer nosotros. Nos pareció una idea genial, pero existía un pequeño problema: no teníamos ni herramientas ni dinero para comprarlas. Una vez más la solidaridad se hizo patente, y fueron los propios ferreteros quienes nos facilitaron todos los materiales, herramientas y dinero para comprar lo necesario y fabricarlas. Las hacíamos en mi casa y mientras unos camaradas las hacíamos, otros las vendían por todo el país. Esta forma de trabajo duró un tiempo, hasta que fuimos saliendo de Santo de Domingo.

Poco a poco los camaradas se fueron colocando en diferentes empresas: algunos en las oficinas de las plantaciones azucareras, otros en diferentes fábricas y talleres, o trabajando con pico y pala, como fue mi caso. Al principio en la realización de unos bungalows, de los que sólo pudimos construir los cimientos, puesto que surgieron problemas económicos y técnicos⁹, e incluso querían que hubiera entrado a trabajar en la compañía de Luz. La verdad es que nos fuimos defendiendo como pudimos y, como ya he comentado antes, el trato con nuestros vecinos se fue normalizando. Por el contrario, los caciques y algunas autoridades veían con recelo estas relaciones, pues nosotros les hablábamos de libertades y democracia, temas tabú por entonces en la República Dominicana, y temían la influencia que pudiésemos tener con ellos.

Poco a poco el grupo se fue separando, tomando como destino Venezuela, Cuba, México y otros países de Hispanoamérica. A mediados de marzo de 1940 partí

⁸ Antiguamente no existían cafeteras. El café molido se cocía con agua, y luego se colaba con mangas de tela. A este café se le llamaba *de puchero*.

⁹ No se consiguió fabricar un horno para la cocción de los ladrillos.

hacia Cuba con mi compañera Emilia y otros cinco o seis camaradas entre los que se encontraban José Gómez Gayoso y Casto García Rosas, que más tarde cayeron en la lucha en el interior de España. Allí, los camaradas cubanos y la colonia republicana española residente en Cuba nos recibieron muy bien, aunque, como es natural, unos había más afines que otros. Mi compañera y yo estuvimos algún tiempo viviendo en casa de unos viejos residentes gallegos, muy activos en todo tipo de tareas en apoyo a la causa republicana. A través de los camaradas cubanos, dábamos charlas en los sindicatos y en las fábricas de tabaco¹⁰, hablándoles de la España Republicana, del franquismo, de la guerra, de la represión, etc., y se solía terminar pidiendo una pequeña ayuda para los presos antifranquistas.

Desde nuestra llegada a Cuba, la mayor preocupación era la solidaridad con los presos, preocupación que duró mientras existió el franquismo. Para ello se establecía contacto con los presos en España, utilizando un parentesco real o figurado, y de esta manera, se les hacía llegar lo que buenamente pudiésemos, la mayoría de las veces se trataba de ropa que tejían nuestras camaradas, artículos de aseo o dinero que les hacíamos llegar como ayuda familiar. En fin, lo que pudiésemos. A veces, sólo el recibir una carta con unas pocas líneas de consuelo y apoyo, les subía la moral.

Mi compañera y yo manteníamos relación con Juanita Corzo, entre otros, enfermera que trabajó conmigo en la dirección del sindicato en Madrid. Con ella manteníamos una correspondencia algo irregular, lo que nos permitían las circunstancias y la ayudamos en lo que fue posible. Mi compañera, y otros camaradas, en alguna ocasión, recibieron como muestra de agradecimiento labores que realizaban en los talleres de la cárcel. No sería justo no reconocer el trabajo de muchas camaradas, tejiendo jerseys y ropas de abrigo para los presos y presas antifranquistas que estaban en las cárceles españolas.

Posteriormente, de acuerdo con el Partido, mi misión se centró en la lucha cara al interior de España. Desde Cuba, debía mantener contactos frecuentes, recibir correspondencia, etc., todo ello con la mayor discreción de cara a nuestros vecinos. Esta actividad me proporcionó cierta especialización a la hora de guardar apariencias, e incluso enemistades transitorias, debido a mi comportamiento en mi vida diaria como escaparate de mi actividad clandestina sin ir más lejos, en nuestro domicilio se

¹⁰ En las fábricas de tabaco de Cuba, existe la figura del lector, persona encargada de leer los periódicos o novelas a los trabajadores mientras confeccionan los famosos puros cubanos.

situó el centro de esta actividad, hasta que la dirección del Partido decidió trasladarla a París.

En los años 1942 ó 1943, en el Capitolio de Cuba (Parlamento), se llevó a cabo la primera exposición sobre la U.R.S.S., con fotos y estadísticas del progreso de aquel país y las condiciones de vida, trabajo, cultura, etc. Esta exposición se hizo a petición del *Frente Nacional Antifascista*, del que era responsable el camarada del P.C.C. Carlos Rafael Rodríguez; en aquellas fechas yo estaba con él como colaborador, por lo tanto, gran parte de la responsabilidad de la organización y participación en los actos, recayó sobre mi persona.

La exposición se hizo, como es natural, con la colaboración de la Embajada Soviética en Cuba. Se me encargó la misión de abrir y cerrar diariamente, así como de la seguridad de acuerdo con el personal de ordenanzas del Capitolio; durante 6 u 8 días tuve las llaves en mi poder, y se me informó que extremara las medidas de seguridad con las llaves que me habían dejado, puesto que se trataba de unas llaves maestras que abrían todos los despachos. Cuando por fin devolví las llaves me quitó un gran peso de encima.

El traslado de la dirección del Partido a París significó una reducción de mis tareas políticas en Cuba, por lo que pude compaginarlas con una actividad profesional. Trabajé en algunos talleres de automóviles, dedicado a la parte eléctrica, y durante los últimos años, en el mantenimiento de la línea de autobuses (guaguas) n° 2 La Víbora.

Hacia mediados de 1949, las circunstancias me obligaron de un día para otro a abandonar el trabajo, cambiar de nombre, nacionalidad y salir rápidamente para Francia vía Canadá.

Mientras tanto mi compañera estuvo prestando sus servicios en la Embajada Soviética durante varios años, era la única empleada no soviética, prestaba servicio en la cocina de la residencia de los embajadores, también atendía a los hijos de éstos, Tamara y Tola, de tres y cinco años respectivamente, y con la niña entabló una relación de mutuo cariño. Además, era la persona de confianza de los embajadores en las actividades diarias de la casa.

En París residí por espacio de tres meses, mantuve varios contactos con la dirección del Partido en el exilio y posteriormente partí rumbo a Venezuela y de allí a México. Permanecí indocumentado y trabajando en lo que podía: fui representante

de artículos de papelería, conservas, turrónes, hojas de afeitar de la marca “ALA”, de la que era gerente Heliodoro Sánchez¹¹, hasta que cerró la fábrica.

En esta situación me mantuve durante dos años. Hasta que con la ayuda de los camaradas mexicanos “arreglé” la documentación con mi verdadero nombre, permitiéndome trabajar en mi profesión y reunirme con mi compañera.

Como dato anecdótico, en México, unos camaradas que nos conocían, pero a los que yo no había podido ver aún, preguntaron a mi compañera si se había separado o divorciado, puesto que el nombre de su actual compañero no era el que ellos conocían.

Con una documentación más o menos arreglada, comencé a trabajar en mi profesión, primero en el taller de un conocido, y más tarde monté un pequeño taller, tan pequeño que sólo estábamos el aprendiz y yo, pero la situación económica no era muy buena, y se me presentó la oportunidad de entrar a trabajar en la *Agencia Automotriz Willys*, permaneciendo durante algún tiempo. El gerente estaba al tanto de mi situación en el país, y de que mi documentación no estaba en regla, por lo que cuando venían inspectores de trabajo, me avisaba y salía con la ropa de trabajo durante un par de horas, hasta que terminaba la inspección.

Posteriormente trabajé en Diesel Nacional S.A., donde permanecí durante veintisiete años. Se trataba de una empresa estatal, distribuida en tres divisiones: la primera se dedicaba a la construcción de vagones de ferrocarril, otra se dedicaba a la fabricación de máquinas de coser, de la que era gerente un camarada y refugiado, y el área automotriz, que se dedicaba a la fabricación y montaje de automóviles: primero *Fiat* y posteriormente *Renault*, autobuses foráneos y camiones de patentes americanas. Los talleres de mantenimiento y la dirección se encontraban en la capital, México Distrito Federal, y las fábricas se localizaban en la ciudad de Sahagún, situada en un valle a 100 kilómetros del Distrito Federal, a la que yo me tenía que desplazar frecuentemente, sólo o con los ingenieros.

Mis comienzos en esta empresa fueron como obrero electricista electromotriz en los talleres, para a continuación pasar a jefe de sección, recepcionista, jefe de taller, terminando en la escuela, dando cursos de electricidad y aire acondicionado para el mantenimiento de los camiones que se fabricaban.

¹¹ Al que conocía del frente, de las Juventudes Socialistas Unificadas y también camarada, con el que actualmente mantengo relación.

Mi compañera al no poder trabajar de enfermera por dificultades para revalidar el título, nunca pensamos que el exilio fuera tan largo, ejerció en los últimos años en Cuba y durante la estancia en México, como masajista de señoras.

Después de treinta y un años en México, siempre pendiente de la lucha en el interior de España, regresé a Madrid en 1982, fijando mi residencia en el barrio de Usera, donde continuó mi actividad política en la Agrupación del P.C.E. del distrito donde he desarrollado diferentes responsabilidades, así como en la Asamblea de Izquierda Unida de Usera, donde he pertenecido a su Consejo político durante los tres últimos años.

Mi actividad sindical se centró en la Ejecutiva de la Federación de Madrid de Pensionistas y Jubilados de Comisiones Obreras. Debido a la enfermedad de mi



Luis Sáez y su compañera Emilia en México, diciembre de 1958
(Centro de Documentación de la Emigración Española, Fundación 1º de Mayo)

compañera Emilia, estuve un año apartado de toda actividad política y sindical, dedicándome por completo a su cuidado.

Después de su fallecimiento, se me llama de nuevo para continuar mi actividad sindical, pero a mediados de 1998, me veo en la obligación de dimitir de mis responsabilidades en el sindicato, debido a una lesión coronaria, que requiere poca actividad y reposo. No obstante, como ya he comentado anteriormente, prosigo con mi actividad política en el P.C.E. e Izquierda Unida de mi distrito.

No oculto cierta satisfacción al recordar tiempos pasados, buenos o malos, por que en definitiva son pedazos de mi propia memoria y vida, contados con más o menos acierto.

No puedo testificar con documentación muchas de las cosas que en éstas páginas he narrado, porque mi casa que en el año 1936 se encontraba en la calle Rey Francisco esquina al Paseo del Pintor Rosales, fue zona batida por la artillería franquista por lo que hubo que evacuar en los primeros momentos de la Batalla de Madrid.

Esta narración es debida a mi amigo Pepito Casado, quien me animó a hacerla, aún a sabiendas de que no me gusta hablar en primera persona de los acontecimientos que he vivido o presenciado.

Sin ser más prolijo en los hechos vividos, dejo constancia por escrito de lo más interesante para no olvidarlo. Mis breves recuerdos a los noventa años cumplidos.